

CAPITULO CXXXV.

En que se trata cómo estando Cristóbal de Oñate dando orden de mudar la ciudad de Guadalajara á donde se había determinado, llegó nueva que el virrey Don Antonio de Mendoza venía al socorro y estaba en el valle de Cuina combatiendo la fuerza y el Peñol, y de lo que sucedió.

Año de 1542. Salió de México el virrey Don Antonio de Mendoza á los principios de enero del año de mil y quinientos y cuarenta y dos, habiéndose apercebido para la jornada en el de mil y quinientos y cuarenta y uno, y esto á los fines, y llevó mucho ganado mayor y menor porque con la guerra había gran falta de todos bastimentos, y en este tiempo, mientras él y su ejército llegaron al valle de Cuina, mandó el gobernador Cristóbal de Oñate que veinte de á caballo fuesen al valle de Tlacotlán y Contla, hasta Mexquiticacán, y viesen aquellos pueblos si con la matanza había quedado alguna gente y qué traza tenían, porque según los que habían muerto en la batalla, se entendía no habría quedado ninguna, y los más que fueron á este viaje eran los encomenderos de aquellos pueblos, de quienes fué por capitán Juan del Camino; y que habiéndolo visto diesen luego la vuelta sin detenerse.

Habiendo llegado el capitán Juan del Camino al pueblo de Tlacotlán, hallaron en él tanta gente que parecía no faltaba en él ninguno, y muy espantados los indios, y llamándolos salieron de paz y los españoles los halagaron con mucha llaneza y mansedumbre, mandándoles fuesen á la ciudad á dar al gobernador la obediencia, y de esta suerte fueron por todos aquellos pueblos visitándolos, y ellos vinieron á dar la obediencia al gobernador llevando muchos bastimentos; y habiendo llegado al pueblo de Mexquiticacán, dijeron los indios á su encomendero Juan de Cubía no pasasen adelante, porque los cax-

canes estaban muy rabiosos y bravos, y los matarían, los cuales andaban apercibiéndose para volver sobre la ciudad, con que el capitán Juan del Camino dió vuelta á la ciudad con su gente y razón de lo que había en aquel valle, que era de la nación tequex, y de la noticia que tuvieron de los intentos de los caxcanes, lo cual puso en algún cuidado á todos y en particular al gobernador.

Estando hablando en esto, llegaron por correos dos hombres á caballo de la villa de la Purificación, á dar aviso al gobernador cómo el capitán Juan Fernández de Hajar los enviaba á hacerle saber los muchos combates y batallas que habían tenido y estaban en grande aprieto; pero que ya aplacaban su furia los enemigos y que ellos venían á ver si era menester alguna cosa y si la ciudad se había perdido; y en este mismo tiempo, llegaron cuatro de á caballo, vecinos de Culiacán, de los cuales el uno de ellos era Alonso Mejía, enviados por el capitán Cristóbal de Tapia, á dar aviso y cuenta de lo de por allá y cómo estaba todo pacífico, aunque no tanto como convenía, y que los que fueron á Tzíbola se volvían, y el gobernador Francisco Vásquez Coronado, porque no hallaron el oro y riquezas que entendieron, y cómo le quisieron matar allá los soldados por ello, y se vino huyendo porque no le matasen, y le sacó y trajo en guarda Juan Muñoz, vecino de la villa de Culiacán, y asimismo estos mensajeros de Culiacán trajeron cartas del capitán Juan de Villalba, alcalde mayor de Compostela, en que le hacían saber el extremo en que estaba esperando los enemigos, barreadas todas las entradas de las calles, por lo cual no enviaba soldados á S. S. y le daba aviso con aquellos hombres de Culiacán.

Oídas todas estas nuevas, en que todo era contar trabajos y sangre, mandó á todos los mensajeros descansasen allí algunos días, que lo habían bien menester, y otro día siguiente llegó un correo del valle de Cuina y Cuitzeo á dar aviso al gobernador Cristóbal de Oñate cómo el virrey Don Antonio de Mendoza había llegado al peñol de Cuina con quinientos españoles de á pié y á caballo y con diez mil indios mexicanos y tlazcal-

tecas, y que los españoles que traía era la caballería más lucida de México, y se deja entender sería así por salir con tal persona. Despachó el virrey este correo por saber en qué había parado el cerco de la ciudad de Guadalajara y el suceso que había tenido, porque venía á quitar el cerco de los enemigos. Recibiése con grande alegría y contento esta nueva, porque ya parecía todo se allanaba, y más con la milagrosa victoria que habían tenido en la ciudad; y otro día, el gobernador despachó el correo con otro de los vecinos de la villa, dando el parabién al virrey de su llegada, y cuenta de las cosas que habían pasado y pasaban en el reino, y de lo sucedido hasta entonces, y de lo de Tzibola, con que partieron los correos para Cuina, y habiendo salido luego, despachó los correos de la Purificación y Culiacán y á Compostela, agradeciéndoles los muchos trabajos que habían pasado en servicio de Dios y de S. M., y dándoles cuenta de los sucesos de la ciudad, y advirtiéndoles mirasen por sí y no se fiasen de los enemigos en cosa, con que se fueron, y el Gobernador Oñate mandó reparar algunas casas de la ciudad por si acaso viniese ya el virrey Don Antonio de Mendoza, porque como estaba arruinado y abrasado, no estaba para vivir, y así se aderezó lo mejor que pudo; y estando en estos apercebimientos y el virrey en el vallé de Cuina y río de Cuitzeo, donde los indios de este río le salieron de paz, porque nunca se alzaron, y los de Cuina habían salido muy bravos y de guerra, y habiéndoles llamado de paz, con palabras fingidas detuvieron la respuesta dos días, y al cabo de ellos se empeñolaron en unas rocas ciñendo la entrada, que era de abajo para arriba, de una punta á otra, de un antepecho con doce albarradas anchas, de un estado en alto, y allí se empeñoló toda la gente de aquel valle, que serían más de doce mil hombres de guerra; y esperando el virrey la respuesta y resolución de lo que se les había enviado á decir, le dijeron cómo una legua de allí, estaba empeñolada aquella multitud de gente y que no había quedado persona en lo llano. Visto el caso por el virrey mandó marchar el campo para la fuerza y peñol, y asentó su campo enfrente de él, de tal suerte, que si no eran

despeñados, de ninguna suerte se podían escapar, y habiendo asentado sus reales y estancias y el artillería, y todo puesto á punto para el combate, les envió á requerir con la paz, y ellos respondieron con mucha flechería, hondas y piedras. Túvoles cercados diez días, batiéndoles cada día sin cesar, al cabo de los cuales les faltó el agua porque en lo alto del peñol no la había y los nuestros les habían cojido el paraje á donde cojían el agua. Envióles el virrey otra vez se diesen de paz y dijeron que no querían y que antes se matarían que entregarse á los españoles. Con esto se avivó el combate con tanta fuerza, que se entendió que de esta vez los ganarían, y viendo esto los indios mexicanos amigos, usaron un ardid, que se vistieron todos en su traje, y más de doscientos cojieron cántaros de agua y fueron hacia la entrada del peñol como que les llevaban socorro, y los indios amigos mexicanos que quedaban comenzaron á hacer que resistían en meterles el agua, y con este engaño los enemigos que estaban en el peñol, entendiendo que los que llevaban el agua eran de los suyos, abrieron la entrada y entraron dentro y tras ellos acudieron los demás indios mexicanos á ayudar á los suyos, y los españoles á entrar á defender á los amigos, y visto el caso por los enemigos y que estaban perdidos, se comenzaron á matar unos á otros y á despeñarse, y arrojaban sus hijos achocándolos, que causaba lástima, y de esta suerte murieron y se mataron más de cuatro mil indios, sin niños y mujeres, que no fué posible el remediarlo; y habiendo entrado los nuestros en la fuerza sobre defender no se despeñasen mataron más de otros dos mil y de los que quedaron se hicieron más de dos mil esclavos, y queriendo hacer justicia de algunos, dijo el virrey: "Harta ha venido sobre ellos y la han tomado por sus manos, no les hagan mal, que algunos hemos de dejar que habiten estas tierras (cuando esto se escribe, que es el año de 1652, no hay ocho indios en Cuina)." Así que se acabó de vencer el peñol y fuerza, llegaron al virrey los correos de la ciudad de Guadalajara, con que tuvo nuevas de lo que pasaba en ella y la victoria que habían tenido, que no lo pudo saber hasta entonces porque, como su-

cedió día de San Miguel y había ciénegas y ríos y estar toda la tierra encendida en guerras, no se pudo dar aviso hasta entonces.

Holgóse el virrey de saberlo, porque con esto y la victoria del peñol, iban las cosas de los españoles en gran pujanza. Descansó algunos días aunque pocos.

CAPITULO CXXXVI.

En que se trata de cómo el virrey D. Antonio de Mendoza determinó ir al Peñol de Nochistlán y lo que sucedió en el camino.

Año de 1542. El virrey determinó ir al peñol de Nochistlán sin llegar á la ciudad de Guadalajara, para lo cual envió un correo al gobernador Cristóbal de Oñate y para darle razón del buen suceso que había tenido en el peñol de Cuina, y que por concluir con brevedad la pacificación de la tierra, no podía llegar á la ciudad; que le saliese luego al camino porque iba derecho al peñol de Nochistlán á desbaratar aquella fuerza tan soberbia de enemigos; y así que despachó el correo, comenzó el virrey á caminar con su campo, llevando su viaje, y salió por los altos del valle de Cuina, por el cerro Gordo y valle de Tzapotlán y Acatique, á salir al vallecillo de Mexcala, y todas aquellas poblaciones, que eran de gente tecuexa, salieron de paz, por ser más pacífica que la caxcana; llegó al río de Temacapulí y descansó dos días.

El gobernador Cristóbal de Oñate luego que supo la victoria del peñol de Cuina y la derrota que llevaba el virrey, aperció su gente y sacó de la ciudad cincuenta soldados de á pié y á caballo y dejó en ella otros cincuenta para que la guardasen, y señaló por su capitán á Juan del Camino, y por capitán de

los cincuenta que iban con él, á Miguel de Ibarra, que era encomendero de los del peñol de Nochistlán; y fué de mucho provecho y importancia su ida, como adelante se dirá, y comenzó á marchar cogiendo el camino por el de Contla arriba, á encontrarse con el virrey; todos los pueblos le salieron de paz, y habiendo bajado al río de Temacapulí, allí le halló, y luego fué á besarle la mano y á darle el parabién de su venida, y el virrey le dijo: "Señor capitán, fuerte y valeroso y muro de la Galicia, sea muy bien llegado." A esto respondió Oñate: "Merced es esa muy grande que V. S. me hace, no cabiendo en mi cortedad tal nombre y título; eso y mucho más se puede decir por V. S. y decir otra cosa será querer yo robar y alzarme con el nombre y renombre de un príncipe tan grande como V. S. es, viniendo á socorrer á un soldado como yo, de los más mínimos que V. S. trae en su campo, y así como uno de ellos, me vengo á someter con estos pocos soldados y caballeros que conmigo traigo debajo de la bandera y amparo de V. S. á quien suplico me mande como á uno de ellos." A esto le respondió el virrey que él y los suyos venían á su casa, y que como señor gobernador y capitán del reino, le podía mandar en todas ocasiones y ellos obedecerle. Entonces Oñate le besó las manos y tuvieron muchas razones y buenos comedimientos, que en aquellos tiempos se usaban diferentes cortesías con los hombres principales, que en estos.

Todo el ejército, en el cual había casi seiscientos hombres de mucha calidad, repararon mucho y estimaron ver tal humildad, y que conformaban ambos en las obras y valor, y despidióse Cristóbal de Oñate del virrey y fuése á su alojamiento y estancia, y allí fué toda la caballería mexicana á verle, porque era grande amigo de todos, y se regocijaron mucho; y estando todos juntos, dando orden en su viaje, tuvo nueva el virrey, cómo habiendo sabido de su venida sus enemigos y de la destrucción de Cuina y su fuerza, se habían juntado y empeñolado en el peñol de Nochistlán todas las poblaciones de Teocaltich, que eran caxcanes, y gran suma de indios zacatecas por haber sido allí siempre su asiento y puesto; y habían reforzado

las albarradas, que eran siete, haciéndolas más anchas y más altas y de un estado hacia la entrada, porque lo demás era peña tajada, habiendo recogido muchas armas y bastimentos para su defensa; y habiendo tenido esta noticia mandó llamar el virrey al gobernador Cristóbal de Oñate y le contó lo que pasaba, y que pues él era nuevo en la milicia de aquellas guerras y gente, el gobernador diese orden de lo que se había de hacer, que no convenía salir de él, porque no sucediese lo de la derrota y desbarato de D. Pedro de Alvarado, el cual, por no guardar su orden, se perdió, habiéndolos traído á la aflicción en que se vieron y sido causa de que toda la tierra se alzase y pusiese en armas, porque no sucediese otra peor. A esto respondió el gobernador Oñate, que todo se haría conforme S. S. ordenase, y que él acudiría con las veras que era razón; que lo que le dañó al Adelantado, fué ser tiempo de aguas y estar la tierra llena de pantanos, por no aguardar tiempo enjuto y verano; y que S. S. había elegido la entrada del verano, que no le diese cuidado, pues tenía la piedra sobre el hito, y antes era mejor hubiese con quien pelear y castigarlos de una vez, que mientras más moros más ganancia. Facilitóle tanto la buena dicha que habían de tener, que le respondió el virrey: "Bien se echa de ver el ánimo del gobernador; ordénese la entrada;" y entonces le dijo Oñate: "Pues V. S. se aperciba y vaya á los alojamientos del campo y les ordene la jornada, que ha de ser mañana, porque los enemigos cada hora se fortalecen más." Y otro día, estando todos para salir, mandó el virrey que se apercibiesen dos hombres de á caballo y que fuesen á las fronteras que D. Pedro de Alvarado había dejado, y que estuviesen á punto para cualquiera ocasión que se ofreciese, hasta que otra cosa mandase, y aunque cuando salió de México había hecho esta prevención, como buen capitán y lo había mandado, porque no hubiese descuido lo volvió á mandar; y luego comenzó á marchar con su campo para el peñol de Nochistlán, entrando por el valle de Teocaltich, que era de la nación caxcana, y halló todos aquellos pueblos despoblados y que estaban todos con los zacatecos, recogidos y empeñolados en la fuerza.

CAPITULO CXXXVII.

En que se trata de cómo llegó el virrey D. Antonio de Mendoza al Peñol y fuerza de Nochistlán, y de cómo se ganó, y del desafío de Angel de Villafañá con otro hidalgo.

Año de
1542.

Partió el ejército de Teocaltich y mandó el virrey marchar con mucho concierto y recato, en una llanada grande, por cuanto estaban cuatro leguas del peñol, y encontrando con un indio ladino, en mexicano le preguntaron que de dónde era, el cual dijo que era criado de Miguel de Ibarra, que estaba con los empeñolados en Nochistlán, los cuales habiendo sabido que habían venido sobre ellos tantos españoles, le enviaron los caciques á que supiese si entre aquellos españoles venían otros de la ciudad de Guadalajara, y si venía allí su señor Miguel de Ibarra, que le venía á avisar se volviese, porque decían que á él y á los demás habían de matar, como sucedió á los del Adelantado, y que esto sería cierto, y que como ellos fueron vencidos en la ciudad yendo á matar los que en ella había, que así les sucedería á ellos ahora, y que pues iban á su casa y pueblo, los habían de acabar. Oído por Miguel de Ibarra, se rió, y el indio le dijo: "No te rías, que será así como dicen, porque allí tienen unos indios viejos y una vieja, que cuanto les sucedió cuando fueron á quemar la ciudad les dijo, y que no fuesen, que serían vencidos como lo fueron, y ahora han dicho que has de morir tú y todos cuantos vienen contigo. Amo mío, yo te quiero mucho, no vayas allá, mira que te aviso (condición del demonio, que para hacer de las tuyas, á sombra de una verdad, dice mil mentiras)." Miguel de Ibarra le sosegó y acarició y miró siempre por él, no le quitando de su lado, y con él sabía todo lo que pasaba entre los enemigos, siendo buen amigo y fiel criado en todas ocasiones.

Yendo caminando D. Antonio de Mendoza con su campo,

llegó á vista del peñol de Nochistlán por la parte más fuerte de peña tajada altísima, y se asomaron en lo alto los empeñolados, los cuales parecían adornados con tantas plumas de diferentes colores, que parecía un florido campo de muchas flores, y comenzaron los enemigos á hacer grandes algazaras, dando grandes voces y gritería y arrojár muchas flechas tocando muchas bocinas y atabales, que retumbaban por aquellos collados y valles, que causaba espanto y grima y que se juntaba el cielo con la tierra; y esto sería como á las tres de la tarde; y nuestros amigos los mexicanos hicieron lo propio, y habiendo llegado, mandó el virrey cercar todo el peñol, que estaba en medio de un llano, y que se reconociese por todas partes, y repartió en seis escuadras todo el campo, y detrás del peñol se puso el real del virrey, camino de Teocaltech, y camino de Xalpa, á Cristóbal de Oñate el gobernador con la gente de la ciudad y su capitán Miguel de Ibarra. Al otro lado, camino de Guadalajara, se puso otro real de los soldados que el virrey trajo, y á la entrada del peñol y albarradas, se puso la artillería y todos los más soldados de á pié y á caballo, y de la misma suerte se repartieron los indios amigos mexicanos, y se mandó á Miguel de Ibarra que, como encomendero de aquellos pueblos, les fuese á hablar y les dijese que bajasen de paz y que les perdonarían el delito que habían cometido en alzarse y las muertes y incendios de que habían sido causa; y habiendo ido Miguel de Ibarra y dádoles el recado, un indio cacique que se llamaba Tenamaschtli, tzacateco, que era ya bautizado, y se llamó D. Diego, le dijo que no querían darse de paz, que ellos estaban en su tierra, que se fuesen los españoles á las suyas y allá la tuviesen, y que á qué venían á buscarlos." Tornóles Miguel de Ibarra á hablar y tapáronse los oídos, y luego el indio dijo: "Debeis de estar locos tú y esos españoles, pues así venís á que os matemos como siempre hemos hecho á los que aquí han venido de vosotros: no queremos oír vuestras razones, que es cansarnos." Y acabado esto, le dieron una rociada de flechería y piedras que le obligó á retirarse con harta priesa, y visto por el virrey que no querían bajar, mandó fuesen requeridos por otras dos veces

que se diesen; ellos respondieron, como la primera vez, que no querían, con más osadía y desvergüenza, y habiéndolo sabido el virrey, un día, después de misa, habiéndola oído todo el real, mandó combatir la entrada, y fueron los soldados y amigos al combate, y llegados á la entrada, se les requirió que se diesen, y que si lo hacían, que el señor virrey les perdonaba todos sus yerros hasta allí cometidos, donde no, que los acabaría y mataría á fuego y á sangre; y de oír esto se rieron ellos, y respondieron que si querían hacer lo que hicieron en la ciudad, que no saldrían con ello, y que cómo habían de matarlos ni quemarlos, pues estaban bien cercados, y muy ufanos dijeron que probasen á entrar. A esto dijo el gobernador Oñate: "Mucho regala el Sr. virrey á éstos con la paz," y mandó luego combatir el peñol, y los nuestros acometieron á ganarles la entrada de las albarradas, que casi se las tuvieron ganadas matando los nuestros tanta cantidad de ellos, que era cosa de admiración; pero ellos, aunque á costa suya, fueron presto en defenderlas y tornarlas á levantar, y la artillería no hacía daño en ellos, sino que se pasaban por alto las balas y iban á dar en la tienda y real del virrey, y en muchos combates que se dieron todo aquel día, no les pudieron entrar; gastaron en esto quince días batiendo la fuerza cada día.

Tenían una fuentezuela de agua, de donde bebían, en lo alto del peñol, y como la multitud de indios que se habían recogido en él era tanta, que pasaban de sesenta mil, sin los niños y mujeres, la agotaron con el prolijo cerco de quince días; y la que habían metido antes del cerco, pareciéndoles que el agua de la fuente no era bastante para tanta gente, y así perecían de sed, porque los del cerco no les dejaban ir por agua, y también de hambre; y habían entendido que este cerco había de ser como el pasado; y sabido por los nuestros la necesidad que pasaban, acabados los quince días, juntaron todos los reales y acometieron á las albarradas, donde hubo muchos heridos, aunque fué sin provecho, con que se retiraron á sus estancias los españoles y hicieron su guarda.